



EL PASO POMMERAYE DE NANTES.

Es una cosa sabida de todos, que las provincias siempre tienden á igualarse con sus capitales, así es que concretándonos hoy al objeto que nos hemos propuesto, podemos asegurar que la villa de Nantes, pretendiendo nivelarse con París, es la que más lo consigue, embelleciéndose de día en día. En todas partes se elevan

nuevos edificios que forman cuarteles enteros y que harían honor á la villa nueva, comprendida entre la Magdalena, el arrabal del Raule y el parque de Monceaux.

Pero la mejor construcción de Nantes, y que más honor le hace, es el Paso Pommeraye, construido hace poco por los señores Durand-Gusselin y Buron el mayor, y que está exactamente representado por el grabado que va al frente de estas líneas. Este paso tiene la doble importancia de unir

los dos establecimientos mas importantes para el comercio, la Bolsa y la Posta. Tan útil comunicacion no podia facilitarse antes sino por una escalera, y esta prolongacion de los almacenes apoyados sobre distintas escaleras, parecia presentar un cuadro irregular, tan poco favorable al vendedor, porque no era mas que un pasadizo-travesía.

Los señores Durand-Gasselin y Buron combinando *el Paso* sobre tres términos, que tienen su union sobre tres calles, han hallado el medio de multiplicar el número de almacenes y demas establecimientos, con una entrada igual para el público, sin romper la union del edificio en la feliz combinacion de todas sus partes, aisladas por su destino particular, pero siempre unidas por un lazo comun, a pesar de que su aspecto varia á cada paso, segun el punto desde que se mira y se multiplica en los reflejos de los numerosos calados que añaden una especie de seduccion mágica á la decoracion general.—R. de V. y S.



ESTUDIOS HISTORICOS.

EL CID.

Rodrigo Díaz de Vivar, denominado el Cid, hijo de Diego Laynez y de Teresa Nuña, es seguramente el héroe mas celebrado en la historia de nuestra patria. Debe tan asombrosa celebridad, no tanto á sus romancescos amores con Jimena, que luego fué su esposa y su duelo con el conde de Gormaz D. Gomez, hermano de aquella señora, como á sus brillantes hechos de armas contra los moros y á las virtudes que le adornaron. Uno y otro le habia ya hecho famoso á la muerte de Fernando I de Castilla, acaecida segun los mas aventajados datos en 1075.

Saicho II, hijo de Fernando I, pretendia quitar á su hermana Doña Urraca la ciudad de Zamora, que la infanta poseia por testamento de su difunto padre. El Cid, que jamás miró impasible la injusticia de cualquier especie que fuera, aunque se cometiese con su propio enemigo, representó al rey haciéndole ver lo injusto que era con tamaña pretension, pues atropellaba, no solamente las leyes del honor, sino tambien los derechos de la sangre. D. Saicho, irascible y altivo, se ofendió de la generosa audacia de Rodrigo y le desterró del reino; bien que a poco tiempo le llamó á su corte, conociendo la necesidad que de él tenia, y las raras y nobles prendas que le adornaban.

Muerto D. Saicho al frente de Zamora, segun

se asegura por amaños de su hermano Alfonso, ocupó este el trono de Castilla en 1073. Antes de celebrarse la coronacion del nuevo monarca, querian los nobles castellanos que este prestase solemne juramento de que ninguna parte habia tenido en el atentado cometido en la persona de su hermano D. Saicho por mano del traidor Vellido Dollos. Nadie se atrevia á hacer semejante demanda á Alfonso, bien por el respeto que su alta gerarquía inspiraba, ó bien por no atraer sobre sí el odio y la cólera del soberano. Rodrigo, que atropellaba por todo tratándose de una empresa de honra y de deber, le exigió aquel temible juramento, ante el mismo altar donde se celebraba la coronacion, anatematizando horriblemente á todo perjurio. Alfonso disimuló por entonces su disgusto, pero formó propósito de vengar aquella, que él creia una imperdonable ofensa á su dignidad.—Hallándose el Cid en la frontera de Toledo, donde reinaba á la sazón Almeron, se presentaron á su vista algunos escuadrones moros; trabóse la pelea, y estos fueron derrotados; siguiólos Rodrigo con su gente hasta dar vista á la corte de aquel monarca, que era aliado de Alfonso, é hizo numerosos cautivos, olvidando en su heroico ardor la alianza que existia. Quejóse Almeron al rey de Castilla, y en su consecuencia el Cid fué desterrado, no sin mucha satisfaccion de Alfonso, que aplaudia aquella ocasion tan propicia á la realizacion de su proyecto de venganza.

Rodrigo salió, pues, de Castilla, acompañado de sus deudos y parientes, y de otros muchos á quienes atraia su merecida fama de noble y esforzado caballero. Rompió por el reino de Toledo, tornó hacia la parte de Aragon, ganó, entre otras, la fortaleza de Alcocer, desde la cual hizo numerosas correrías, en las que destrozó repetidas veces á los moros y recojió abundante botín. Mandó ricos presentes al rey, quien los recibió con agrado, pero sin levantarle el destierro, bien porque sus resentimientos no estuviesen del todo aplacados, ó bien, y es lo mas seguro, por no disgustar con su indulgencia á Almeron, y continuó sus conquistas por algun tiempo, al fin del cual le llamó Alfonso á la corte, le devolvió su gracia, y le envió á Andalucía á sosegar ciertas desavenencias ocurridas entre los moros de aquella parte. Cuando hubo concluido Rodrigo esta comision, emprendió de nuevo la guerra de Aragon, que abandonara por el llamamiento del rey, y unido al soberano de aquel país D. Saicho, venció al moro Alfajó, por lo cual D. Alfonso le hizo merced de la villa de Bribiesca y otras. Rehízose Alfajó, y penetró hasta Consuegra; pero el Cid le salió al encuentro y le derrotó completamente, si bien esta batalla le costó la pérdida de su hijo Diego Rodríguez de Vivar.

Faltóle otra vez á Rodrigo el favor de Alfonso, sin duda por efecto de su noble franqueza, que se avenia mal con el disimulo y la lisonja cortesana. De nuevo sale desterrado de Castilla, y se dirige á Valencia; reúne gente al frente de esta plaza, y la

conquista, no sin mucho esfuerzo y constancia, así como otras muchas de aquel país. Bien hubiera podido erijirse soberano de los ricos y vastos dominios que acababa de ganar; empero su corazón no era ambicioso, y rechazaba todo resentimiento ó venganza. Escoje 200 soberbios caballos árabes de los tomados en aquella gloriosa jornada, é igual número de alfanges también moriscos que mandó prender á los arzones, y los envía al rey Alfonso, poniendo al mismo tiempo á su disposición el país que á costa de muchos padecimientos y esfuerzos había conquistado. De esta manera se vengaba aquel valiente y leal caudillo. Ejemplo es este digno de imitación, y que contrasta lastimosamente con el egoísmo que observamos en los héroes de nuestro tiempo.

El rey depuso su enojo á vista de tanta lealtad y desinterés, y ofreció al Cid recompensas y distinciones en la corte; pero él manifestó respetuosamente su deseo de permanecer en Valencia, convencido como estaba de la poca estabilidad que ofrecía el favor de Alfonso, y de la imposibilidad de conservar aquella plaza sin su presencia en ella.—Había dejado en poder del abad de San Pedro de Cardena á su esposa Doña Jimena y á sus dos hijas Doña Sol y Doña Elvira, pero así que conquistó á Valencia las llamó á su lado.

Los infantes de Carrion D. Diego y D. Fernando eran sujetos muy distinguidos, tanto por sus riquezas como por su nobilísimo origen; pero sus sentimientos descendían bastante, como después se vió, de estas ventajosas cualidades. Viendo que el Cid no tenía hijo varón que le heredase, pidieron al rey les permitiese solicitar la mano de las hijas de aquel. Otorgó Alfonso, y á instancia del mismo monarca se vieron con el Cid en Requena, donde se hicieron los contratos, y en seguida pasaron á Valencia, en cuya ciudad se celebraron las bodas con grandes fiestas y suntuoso aparato.

Muy pronto conoció Rodrigo que sus yernos tenían mas de apuestos y galanes que de sufridos y animosos guerreros. Trabóse un día una escaramuza con los moros, y los infantes volvieron cobardemente la espalda en lo mas crítico de la contienda. Sucedió otra vez que un león se salió de la leonera, y los de Carrion en lugar de resistirle como hicieron cuantos presentes estaban, se ocultaron en un sitio no muy decente. El Cid, á vista de estos ejemplos, no pudo ya contener su enojo, y echó en cara á sus yernos tamaña cobardía. Tomáronlo ellos á grande ofensa, y determinaron vengarse de cualquier modo que pudiesen.

Suero, tío de los infantes y hombre de edad ya madura, era quien atizaba el fuego de la discordia. Concertados de antemano en su plan, pidieron los de Carrion á su suegro permiso para tornar á su país. Concediósele el Cid, y acompañó hasta una jornada de Valencia á sus hijas, que lloraban amargamente, presintiendo sin duda lo que iba á suceder. Los infantes tomaron el camino de Carrion, y Rodrigo tornó á Valencia, después de haber encar-

gado á su sobrino Ordoño que siguiese á alguna distancia á la comitiva de sus hijas, por si ocurría á estas necesitar su auxilio.

Pasado el Duero, cerca de unos robledales del término de Berlanga, creyeron los infantes llegado el momento oportuno de poner por obra su pérfido designio. Separáronse con varios pretextos del acompañamiento, y entraron en lo espeso del bosque con sus mugeres; allí desnudaron á estas, las azotaron cruelmente, sin atender á los tristes lamentos que daban, implorando ayuda de Dios y de los hombres, hasta que cansados ya de maltratarlas, las dejaron por muertas, desmayadas y cubiertas de sangre. En este estado las encontró á su llegada Ordoño, quien las condujo á la aldea mas próxima, á donde, á beneficio de los auxilios que les fueron suministrados, se reanimaron, y últimamente se pusieron en estado de volver á Valencia.

No tardó en divulgarse el cobarde atentado de los infantes, quienes se hicieron objetos de odio para todos los castellanos, que deseaban ver vengada tan inhumana acción. Considérese á qué punto llegaría la indignación de Rodrigo al saber aquel suceso. A la sazón celebrábase cortes generales en Toledo, á donde habíase trasladado la corte después de la conquista verificada en 1085. Pasó allá el Cid, y habiendo dado cuenta de la injuria que le habían hecho los infantes, que se hallaban allí entonces, el rey señaló jueces que decidiesen en el caso, bajo la presidencia de Don Ramon Borgoñon, yerno del mismo Alfonso. Completado el proceso, previa la disposición de las partes, se mandó:—*Que los infantes volvieran al Cid cuantas piedras preciosas, vasos de oro y de plata y otras ricas alhajas habían recibido por vía de dote. Además, que á fin de labar el agravio, hiciesen armas y campo los infantes y Suero, que era el principal promovedor de la trama.* Ofreciéronse á combatir por parte de Rodrigo tres de sus soldados, caballeros nobles y valerosos, llamados Bermudo, Guelios y Antolin; pero los infantes, impulsados sin duda por los remordimientos de su mala acción, pidieron se alargase el plazo, por no hallarse entonces aperechados al combate. Concedióseles esta próroga, y se fueron á Carrion y el Cid á Valencia.

El rey deseaba castigar el atentado de los infantes, y persuadido de que no volverían á Toledo, mandó construir el palenque en Carrion mismo, y disponerlo todo para el combate. Verificóse este, y tío y sobrinos fueron vencidos á buena ley en la liza, quedando por consiguiente probada su villanía.

El Cid recibió gran contento con la venganza tomada de los infantes, y para que su alegría fuese mas completa, Doña Sol casó con Don Pedro, hijo del rey de Aragon, y Doña Elvira con Don Ramiro, que lo era de Don Sancho Garcia de Navarra: ambos las solicitaron por medio de sus respectivos embajadores.

La fama del Cid era, digámoslo así, universal, tanto que algunos soberanos, hasta de países muy

remotos, solicitaron su alianza y amistad, entre los que se contó al rey de Persia que le envió embajadores con presentes de mucho valor.

Dos veces venció Rodrigo al frente de Valencia al rey Bukar, que vino del Africa con numerosa hueste, y así conservó aquella plaza hasta su fallecimiento, que acaeció en 1099, cinco años después de la conquista de la misma.

Hallándose el Cid cercano á la muerte, supo que Bukar venia con un nuevo ejército sobre Valencia, y considerando que muerto él era imposible conservar la plaza, ordenó en su testamento que tornasen todos los castellanos á su patria. Hicieronlo así, saliendo de la ciudad hombres, mugeres y niños con estandartes desplegados. Los moros no se atrevieron á acercarse, juzgándolos un poderoso ejército, por lo que llegaron á la frontera sin contratiempo alguno. Valencia cayó al punto en poder de los sarracenos.

Los cristianos trajeron consigo el cadáver del Cid, que después de celebradas unas magníficas exequias, á las que asistieron Alfonso y ambos yernos del difunto, se depositó en el monasterio de San Pedro de Cardeña, donde ha permanecido así como el de Doña Jimena, el de Don Diego, muerto en la batalla de Consuegra, y el de Doña Sol y Doña Elvira, hasta ha poco tiempo que fueron trasladados á Burgos, donde se conservan como el mas precioso recuerdo de las glorias españolas.

Antonio T. y la Quintana.



GRACIAS DE LA INFANCIA.

Ho hablemos mas de ello, Enrique: hasta mi vida es tuya: dame la mano, y olvida del todo ese insignificante chisme: á otra cosa. Te anuncié como sabes casa de la Señora de G..., para que fuésemos los dias de reunion á pasar un buen rato; y casa de mi amigo D. F..., á quien tanto deseas conocer: verás cuan apreciable é instruido és, así como su Señora, que no es menos bella ni amable, por eso: ¿cuándo vamos á una y otra parte?

—Mañana mismo, Leon: casa de la Señora de G..., el primer dia de reunion estoy á tus órdenes.

—Convenidos: mañana á las dos, ó te espero ó me esperas en el Ateneo. Adios, hasta mañana.

—Adios, Leon: hasta mañana.

A el dia siguiente á el en que pasó esta conversacion, un joven de unos 22 años, alto, delgado, bien proporcionado, de ojos grandes, castaños y animados, con toda la barba crecida, (poca, pero bien colocada,) y tan fino como airoso en sus movimien-

tos; de casaca y trage negro, y encima un gaban ligero, de colores oscuros, sacó su reloj para comparar la hora con el del Buen Suceso; (cosa que no siempre es fácil de acertar en este, por no tener mas que horario:) eran muy cerca de las dos: dando giros y sesgos particulares para pasar por medio de la multitud de ociosos que tiene invadida eternamente la puerta del Sol, Enrique subió precipitadamente la calle de Carretas.

Como se halla tan próxima de la puerta del Sol la esquina de la plazuela del Angel, donde está ahora situado el Ateneo, en breve se encontró nuestro joven, en una de las salas de este científico y literario establecimiento, digno de tales títulos en verdad, por los eminentes profesores, que desempeñan sus instructivas cátedras; por su escogida biblioteca; por su abundante sala de lectura de toda clase de periódicos nacionales y extranjeros; y hasta por la buena sociedad, que en la Sala de esta se reúne. Apenas se habia sentado, cuando entró su amigo Leon; que era un poco mas bajo, mas blanco y pálido, con bigote no mas, cabello negro y largo, excelentes ojos tambien; vestido con un levita verde y una esclavina con cuello de chinchilla.

—Cuando gustes, Enrique...

—Vámonos, si te parece...

Salieron en efecto los dos amigos y se dirigieron hácia la Calle de las Huertas, ahora de Maiquez... En una de las casas de dicha calle, y en el piso principal, tiró de la campanilla Leon.

—Está el señorito: preguntó al criado.

—No, señor: pero está la señorita: sírvanse ustedes pasar á la sala; voy á decirle que está usted aqui y este caballero.

La sala principal, como todas las de Madrid, en general, estaba alhajada con gusto; mas para pasar á ella, como para pasar á la mayor parte de las de Madrid, es preciso las mas veces bajar la cabeza por no derribarse el sombrero en su puerta. De pié y en la sala ya, el criado volvió, y les manifestó en nombre de su señora, que tuvieran la bondad de sentarse entre tanto que salia. Sentáronse y se lanzaron una primera mirada de aprobacion ambos amigos.

—Cómo te llamas tú; le dijo dirijiéndose á Enrique uno de los dos niños que habian entrado en aquel instante; como de unos 6 años, gordito, chato, desgraciado: su hermana le parecia en todo.

—Enrique, hijo mio: y le cogió en brazos para darle un beso: la niña se le acercó por la derecha, y á causa sin duda de tener mas frenillo del regular en la lengua,

—Oto, Rique, mi; le dijo, tirándole de la casaca. Enrique los sentó sobre sus rodillas, y les dió repetidos besos: el niño por su parte le pasaba la mano por el cabello, echándosele sobre la cara: la niña, le tiraba de la punta del pañuelo del cuello, y le deshacia el lazo, que en vano procuraba él rehacer; el hermanito le decia: «mirame Enrique,» y al dirigirle la vista, le introducía su dedo de una en otra, riyéndose violentamente, cual si hubiera

hecho una monería, al paso que á nuestro desventurado joven le caían multiplicadas lágrimas por la incomodidad que le había producido en los ojos: la hermana seguía en el análisis que emprendió, ya tocándole la barba suavemente, ya con sobrada fuerza, haciéndole asomar mas cuello de la camisa del necesario: las observaciones del niño bajaron de la cabeza al pecho, desplegándole toda la camisa para quitarle el alfiler: y no habiéndolo podido conseguir, advirtió el reloj y la cadena, y tiró hasta sacar aquel del bolsillo, y la cadena del hojal del chaleco. Insensible Enrique, durante la disección que habían ejecutado en él, (é insensible porque preciso era aparentarlo) se recobró sin embargo cuando se vió sin reloj, y.....

—Ruego á ustedes, señores, que me dispensen por haberles hecho esperar tanto tiempo...

—Con ver á usted, señora, estamos sobradamente pagados, aunque hubiéramos esperado todo un día: este caballero, que tengo el honor de presentar á usted, es mi amigo Leiva, de quien hablé á usted y á su señor esposo.

—Tengo el honor, Señora, de ofrecerla y á el apreciable señor de F.... desde hoy, mis respetos y sincera amistad...

—¿Qué és eso que tienes en la mano, Ernesto?

—El reloj de ese....

—¿Será posible? devuélveselo al momento.

Para conseguirlo tuvo que levantarse su mamá, y que cogerlo del suelo, á donde lo arrojó Ernesto huyendo.

Tome usted, Señor de Leiva; y disimule las travesuras de estos niños: ¿por qué le ha dado usted el reloj?....

Le fue devuelto á Enrique con el cristal roto y el minuterio; la muestra manchada para siempre: la cadena fracturada por tres partes....

Preciso era hablar de algo, y no de ciencias, para no aparecer ridiculos á la Señora de F...., la que en su conversacion mostraba tanta instruccion como modestia, tanta finura como gracia: *Listz, la Guy-Stephan, Moriani, la Matilde Díez, Ronconi* y otros artistas y particulares, ocupaban á estos tres amables jóvenes.

—Da el baston á este caballero, Elisa...

Era ya tarde: el puño estaba abollado por varias partes: muchos, aunque pequeños pedazos de la chaqueta de concha, le habían saltado.

Restituido Ernesto á la sala, tomó el sombrero de Enrique: Elisa le quiso desde luego, y asidos de él, cayeron ambos sobre el sombrero.

—Criaturas, qué habeis hecho?... ¡Dios mio; encima del sombrero de este caballero!..... Igualmente era ya tarde; le habían convertido en un *clac*: estaba estropeado completamente.

La visita terminó: la casa le fue ofrecida al pre-

sentado.... Su gaban y la esclavina de Leon, estaban en el suelo del recibimiento; ambas piezas pisadas; la piel de chinchilla untada....

Los dos amigos se encontraron en la puerta de la calle, frente á frente, con los brazos cruzados, mirándose fijamente y sin hablar ninguno, durante algunos minutos.

Serénate, Leon: no merece la pesadumbre que indudablemente tenemos; el daño que nos han hecho esos dos.... niños: solo siento lo que ha padecido tu espíritu y el mio: por lo demas, esta es una leccion como otra cualquiera: riámonos....

—No puedo en este momento, Enrique; ni acompañarte, porque me será invencible, lo menos hasta mañana, mi mal humor; vete á casa; ascáte y mejora ese lazo de tu pañuelo y ese cabello; renuncia á que te lleve casa de la señora de G.... porque ya has oido.... que va la de F.... con Ernesto y Elisa: disculpáme porque te he proporcionado tan mal rato; y te juro, que para mi casamiento, entraré de hoy mas en mucho, la consideracion de que mis hijos no te hagan sufrir.... ni á mis amigos.

—Te dejo, pues que lo quieres: yo no me acuerdo mas de lo que ha pasado, y te suplico lo olvides: adios.

—Adios.

Los dos amigos marcharon en distinta direccion.

¡Rara escena.... que se repite en las tres quintas partes de las casas de Madrid, donde la educacion de todas las clases y edades debia ser modelol!

LUIS ALARCON.



Tertulias del Príncipe de Cambacéres.—Napoleon en el Museo de Antigüedades.

Una tarde bagaba á la ventura por Paris: el cielo estaba sombrío, y densas nubes cubrian el sol, que solo despedia una débil luz, desnuda enteramente de esplendor. La casualidad me condujo á la plaza del Louvre, donde acordándome que conservaba una papeleta para visitar el museo imperial, entré sin mas dilacion, deseoso de buscar algo con que distraer mi imaginacion. Dudaba si subiria á la sala de pinturas, ó si pasaria desde luego á la de antigüedades: mi buena estrella me inclinó á esta, cuya eleccion contribuyó á mi felicidad. Por el vasto recinto de las salas no se veian sino unos cuantos curiosos, pero ningun dibujante. Andando de acá para acullá me paré delante de la Diana cazadora, la maravilla del arte, acabada entonces de colocar en una sala espe-

cial por el pintor Prudhon. No me causaba de admirar su belleza tan noble y magestuosa, sus delicadas formas, en que se vé combinada una juventud inmortal con una espresion que no le es menos. Pensativo é inmóvil me quedé ante esta estatua, sin echar de ver que era objeto de la curiosidad de un personaje que habia entrado poco despues que yo; y que con una seria gravedad se encontraba tambien poseido de igual entusiasmo.

Este personaje, bien que de una mediana estatura, por un efecto de óptica que su figura producía, se elevaba sobre los demas hombres. Mostrábase en sus facciones una magestad inmensa, y una cosa con que imponía respeto á los demas. Sus ojos ejercían un imperio absoluto sobre quien los dirigía, y nada igualaba á la atractiva magia de su boca: si dejaba ver una sonrisa la seducción era inevitable: si se cerraba con la espresion del descontento, temblaban los mas firmes: una palabra salida de su boca espantaba á los monarcas poderosos, y aseguraban la inmortalidad á quien recibía sus alabanzas. Una de las manos de este personaje pendía á la sazón á lo largo del cuerpo, y la otra descansaba entre los ojales de un chaleco blanco que disputaba á la mano su belleza. Casaca militar de paño verde, dos charreteras de plata, un pequeño sombrero de tres picos y de una forma particular, calzones cortos de casimir blanco, medias de seda blancas, zapatos con hebillas de oro, y el gran cordon de la Legion de Honor, que ocultaba casi enteramente; una espada con vaina blanca y de puño de nacar y plata.

Muchas veces penetraba allí por una puerta interior que comunica las Tullerías con el Museo, donde se paseaba para distraerse de un trabajo largo y dificultoso. Al momento que ponía el pie en aquel recinto, á nadie se dejaba salir ni entrar, pues no quería que la multitud ansiosa de verle le incomodase en su recreo, ni que se echára fuera á los que le habian precedido en la entrada.

Durante uno ó dos minutos estuvo mirándome con la constancia que le era natural. Mas viendo que seguía mi contemplacion ante la Diana, dió dos pasos hácia mí, y levantando la mano á fin de que yo lo advirtiese; acordaos, me dijo sonriendo, de que Pigmaleon se enamoró de una estatua.

Dirijo rápidamente la vista al que me hablaba y reconozco al emperador. Un artesano hubiera dado tanto interés á este dichoso encuentro, que hubiera perdido su razon; pero yo satisfecho con hallarme en presencia del hombre del siglo, á quien hasta entonces solo habia visto de lejos, sentí latir mi corazón, y no mostré ninguna de las debilidades tan comunes en los ambiciosos. Incierto de si el emperador quería ser ó no conocido, me contenté con saludarle conforme á los usos establecidos, y le respondí con presteza: El error del artista justifica el poder del arte.—Sois escultor?—No señor.—Napoleon se sonrió de mi notable vacilacion en contestar, y continuó:—Pintor?—Tampoco.—¿Qué

sois pues, me preguntó con impaciencia?—Aspiro á empleos mayores, donde puede instruirse la juventud para servir algun dia con utilidad á su soberano.—¿Queréis ser auditor en el consejo de Estado?—Ese es mi deseo?—¿Quién os conoce?—Entonces os nombré á vos, y al conde Fabre del Andre.—¿Cómo os llamais?—Lamothe Langon.—¿Dónde está vuestro padre?—Lo he perdido.—¿Enigrado?—No, en el cadalso en 1794.—Ah... y queréis servirme?—Es un honor de que me envaneceré en alto grado.—¿Me conocéis pues?—Me incliné profundamente hácia el suelo... Ah, me conocíais y habeis fingido que no; sereis diplomático.

Soy súbdito de V. M. I.; á la verdad que no me disgustaba levantar el velo con que quería encubrirse el emperador.—Bien, muy bien! continuó como habeis principiado, y se os será fácil el camino que os queda que andar; sobre todo, sed sumiso.—Pondré en servir á V. M. el celo con que mis antecesores sirvieron á los reyes sus predecesores.

Principe. Ya os he contado que aquella misma tarde, se informó de mí acerca de vos, y que repitiéndome esta última frase que le habia hecho eco, se marchó diciéndome que los hombres de distincion convenian mucho en los tribunales.

Yo. Monseñor debió hacerle observar ademas que en las revoluciones siempre son los últimos en hablar al vencedor: un hombre solo en el consejo de estado no se ha adherido á su decadencia, uno solo, y es bueno saber que este es un noble.

Principe. Y cómo acabó vuestro encuentro?

Yo. Despues de la frase de que habló V. A. S. se sonrió de nuevo, y dando una espresion imponente á sus facciones, me dijo: «Olvidaos de este encuentro, que yo me acuerdo de vos.» Despues de tan terminantes palabras, me saludó afectuosamente y siguió su camino dirigiéndose hácia la antigua sala de guardias de Enrique II.

Quedé como estasiado: mis ojos se llenaron de lágrimas, y un fuego ardiente producido por los latidos de mi corazón encendió mi rostro; en una palabra, me fué preciso acudir á todo mi valor para no sucumbir de alegría. Nadie cual Napoleon ha sabido escitar el entusiasmo de la juventud. El no era para nosotros un rey, sino un ser de una clase mas elevada, una de las creaciones sublimes de la divinidad, que nos ayudan á comprender lo que puede ser la misma divinidad. Napoleon nos allagaba, embelataba nuestros sentidos mas que una muger querida con delirio. Era nuestro padre, nuestro maestro, y acaso nuestro ídolo.

Me fué necesario algun tiempo para que volviese mi espíritu á su ordinario estado, para distinguir la multitud de sensaciones que me rodeaban, y para conseguir hacerme superior á mi buena fortuna. Desde entonces todo tomaba un nuevo aspecto al rededor de mí.

Ya no caminaría solo en la vida, ni tendría necesidad de esos apoyos que cual frágiles y débiles

cañas véanse muchas veces en nuestra mano, confiando demasiado en la apariencia. Quien me hubiese visto en el museo no me hubiera conocido á la salida. Ya no era el mismo mi modo de andar, ni mi figura era la misma. Electrizado por el contacto del hombre grande, habia en mi una arrogancia modesta, una calma llena de viveza, una confianza en lo futuro para siempre inalterable. Napoleon era nuestra religion, y creíamos en él como en la providencia. Con su patrocinio de nada careceria, no teniendo que temer los impulsos dañosos por una influencia hostil. En medio de mi alegría me renové precipitadamente la órden de profundo silencio que acababa de intimarme el emperador: hubiera mirado como un crimen revelar nada á cualquiera que fuese, y Monseñor me perdonará que haya guardado esta reserva aun para con su persona.

Príncipe. Os alabo por ello, joven entusiasta. Ah! que bien habeis sabido describirnos la juventud de entonces, que hoy se dice fué hostil al emperador.

Yo. Esa es una adulacion hecha á los que mandan actualmente. La conscripcion, esa espantosa copa arreglada, desolaba á nuestros padres; pero nosotros!!! oh! cuan envanecidos estábamos con nuestras bordaduras administrativas, con nuestras pieles magistrales, y nuestras charreteras militares! Solo un hombre ha comprendido en realidad la juventud (Napoleon), no alhagándola indignamente, sino franqueándola el camino de la gloria á donde nos precedia con tanta brillantez, que ninguno de nosotros vió jamas en aquel los abrojos, los barrancos ni los abismos.



CRONICA DE MADRID.

El Prado. — Cuatro bellezas. — Teatros principales. — De Variedades. — Movimiento literario-periodístico. — Enlaces. — Aficiones. — Desvelos interesados. — Modas.

Con los hermosos días de primavera hemos vuelto á ver ostentando sus gracias, en el poseo agradable salon del Prado, á las divinas madrilenas, con todo ese torrente de lujo, coquetería y elegancia que las es natural y exclusivo. Es verdad que el tiempo inconstante no nos habia podido arrebatarse su vista en las elegantes soirees y en las modestas reuniones-tertullias, pero bajo el cielo de una habitacion no hay aquella distanidad, aquel aura que riza leve y suavemente los voluptuosos tocados, y siempre el aire condensado y envejecido de los salones, no presta á los rostros bellos las sonrosadas tintas, tanto mas encantadoras, cuanto que aquellos se destacan sobre un fondo azul, puro, ó sobre una niebla confusa que trasparente la luz del día, ó la trémula claridad del crepúsculo vespertino. Para nosotros el Prado en estas tardes es un Edén, una mansion sublime donde se esperece nuestra alma, al paso que se gusta con la continua y variada impresion de tan continuos y variados objetos.

Hay entre todas las lindas jóvenes, cuatro que absorben la atencion general, y que hacen escapar de muchos labios esos exánimes quejidos amorosos, inspirados por un deseo, ó por una decepcion; la primera nos vela su cabeza divina, muchas veces, bajo un lindo sombrero de raso, y aun cuando un codicioso é impio túl pretende tambien ocultarnos su delicada rostro,

no es bastante su poder á apagar los rayos que despiden dos ojos pequeños, incendiarios, que hieren mortalmente el corazon. Dichosos los que viven en la calle del Pez, al lado de la señoría N....! Las otras tres ya ostentan sus perfectas formas, ya la eclipsen bajo la airosamente desairada mantilla, siempre estan bellas, hermosas, incomparables; dos de estas forman el jardín de la calle de los Jardines, las señoritas M. y P.

Los teatros principales han ofrecido poco interes desde nuestra primera crónica. — A la Cruz ha llegado ya la prima donna señora Rafael, y en este mismo coliseo, á la hora en que nuestros lectores repasen estas líneas, se habrá cantado la magnífica partitura buffa, *Il Elisir d' Amore*. — El Príncipe hasta ahora no ha hecho mas que presentarnos al señor Romea (Julian) en su drama favorito *Los Hijos de Eduardo*, y en alguno que otro juguete, y anunciarnos en sus carteles que tiene obras originales, entre las que se cuenta una de Rubi titulada *La Entrada en el gran mundo*, donde la encantadora Matilde Díez lucira sus dotes artísticas, acompañada de su esposo, de su cuñado, de la Tablares y de Sobrado. — El Circo ha empapelado lujosamente los palcos y las galerías, há fornado algunas lunetas nuevamente, y ha abierto cuatro palcos en la galería alta, al paso que há recompuesto todo el techo. El célebre bariton Ronconi, se nos asegura al escribir este artículo, que saldrá en este teatro, el Jueves 17, ó Viernes 18, con la ópera *Maria di Rohan*.

El teatro de VARIEDADES vá dando progresivamente señales marcadas de vida y animacion, y todas las noches está lleno de una brillante sociedad, en especial de jóvenes bellas y elegantes. Se ha representado aqui el primer drama original, de los tan anunciados en todos los periódicos, y que lleva por título *El hijo del pueblo*; es una produccion lindísima, salpicada de magníficos pensamientos, y ostentando una robusta y rica versificación; sus autores los jóvenes la Rosa y Cerro han sido dos noches llamados á la escena, donde el público les ha tributado su justa admiracion. La segunda noche de la representacion de este drama se estrenó una linda y chistosísima pieza de nuestro amigo Villergas, titulada: *El Asistente*, que gustó mucho, como no podia menos de suceder, siendo de tan fecundo y original poeta. Se disponen en la actualidad dos dramas nuevos y originales, titulados: *Obrar cual noble con celos*, del señor Asquerino (Eusebio) y *Para un traidor un leal*. Aconsejamos á nuestras bellas que concurren á este teatro, porque pasarán en él un rato de solaz.

El movimiento literario en estos días ha tomado mucha animacion; para reserir la muerte del *Omnibus mensual*, se anuncian dos periódicos literarios que dirigirá el señor don Pascual Madoz; al mismo tiempo nuestro amigo el joven poeta Florentino Sanz vá á dar á luz muy luego los *semblanzas de ciertos escritores de la corte* en picares y buenos versos, á juzgar por algunos que le hemos oido, y que son sin disputa dignos de su acreditada pluma. Otro escritor prosista parece tiene el mismo pensamiento, pero le aconsejamos que lo deseché... Parece, tambien, que se vá á imprimir pronto un *poema político*, cuyos seis cantos son de seis distintos plumas, y cuya idea se debe al señor Garcia Tejero, autor del *Pilluelo de Madrid*. — Nuestros amigos Camposamor y Navarrete, continúan adquiriendo triunfos, el primero con sus *semblanzas de algunos diputados*, y el segundo con sus razonadas criticas y entretenidas crónicas del *Heraldo*. En este mismo periódico el señor Alfaro parece hace los artículos de toros, que de paso sea dicho, nos gustan mas que los del difunto *Abenamar*, sin que aqui tenga lugar el refran castellano.

Por último, podemos anunciar á nuestras lectoras, que los casamientos se van poniendo de moda, desde que cierta elevada categoria publicó el suyo. Un influyente personaje trata de efectuarlo con la linda señorita de Z' y se ha advertido mucho, entre otras farsas, que una joven bastante bella, desde su lindo *tres por ciento*, todas las tardes en el Prado, lanza miradas mas que de amistad, á un joven que, solo se pasea por junto á la churrigueresca verja últimamente creada. Dícese, en fin, que un cierto Duque ha puesto sus ojos en cierta Duquesa, sin duda como recompensa de los afanes y desvelos que sufre en el cuidado de determinada prole. Cosa que puede ser cierta y ser falsa.

De modas no hablamos hasta el número próximo, porque no ha habido variacion en las que dimos: tambien referiremos la de los hombres, y basta por hoy.

Madrid 16 de Abril de 1843.

R. DE V. Y SAAVEDRA.

MISCELÁNEA.

—Chateaneuff, guarda sellos de Luis XIII, de edad de nueve años, cuando se le preguntaba sobre alguna cosa, daba respuestas muy prontas. En cierta ocasion le dijo un obispo: «Te doy una naranja como me digas donde está Dios: Señor, le respondió aquel, os doy dos como me digais donde no esté.

—Uno de los doce locos que tenia Pedro el Grande, llamado el *Papazotof*, tenia 84 años, cuando al Czar le dió la idea de casarle con una muger de su misma edad. Cuatro tartamudos fueron los encargados de arreglar la boda, y la casada fue conducida á la habitacion de su esposo por 6 viejos de gran decrepitud. Diez hombres de una monstruosa gordura sirvieron de músicos, la cual iba dentro de un carro tirado por dos osos. Un sacerdote ciego y sordo bendijo á los esposos; siendo esta boda celebrada singularmente en la corte por los sujetos que la componian; y á mas por su originalidad.

—Habiendo anclado un buque en la bahía de Londres, varios marinos de los que componian su tripulacion pensaron en ir aquella tarde al teatro. Se ejecutaba una comedia de gracioso, y hacia el protagonista el célebre Grimaldi. Nuestros marinos, entre los cuales habia uno que era sordo mudo de nacimiento, se refan á las mil maravillas. Fueron tantas las sales con que adornó su papel nuestro cómico, que el público entusiasmado aplaudía á las mil maravillas. No se quedó atrás nuestro mudo, hasta que volviéndose al que estaba á su lado le dijo: ¡sabes que es un excelente cómico! El marino admirado le preguntó que si hablaba, á lo que el otro le contestó que sí, y que *oía demas*. Los marineros se admiran y le hacen varias preguntas, á las que contesta, sacándole en seguida y paseándole en triunfo por las calles de la ciudad, diciendo á todos que el cómico Grimaldi acababa de sanar á un sordo mudo de nacimiento.

—Una muger que tenia un marido muy vicioso hizo una novena á San Crisógono para que le convirtiese. Cuatro dias despues murió el marido, y la muger exclamó: oh ¡bendito san Crisógono! ¡Como os habeis interesado por vuestra devota, concediéndola mas de lo que os habia pedido!

REMITIDO.

Al paso que es sumamente justo al infrascrito, como fundador de la Diputacion arqueológica del Ampurdan, el ver que los Sres., que tan dignamente componen la Sociedad de la misma ciencia en Tarragona, y la comision de monumentos artisticos de aquella provincia, muestren el mayor celo y actividad, siempre laudable, en investigar y conservar los objetos preciosos y antiguos del arte, salvándolos así de la injuria que reciben siempre de la torpeza, y de las calamidades á que los condena irremisiblemente la revolucion y el interés

particular: no puede, sin embargo, dejar de contestar al artículo del Faro de Francoli, inserto en el Heraldo del 8 de los corrientes, número 844, ya por obligarle á ello el interés de dicha Diputacion, celoso de la gloria que se atribuye á la mencionada Sociedad, ya tambien para tributar el justo homenaje, en especial á uno de sus dignísimos Señores correspondientes.

Dice el artículo, que bajo la direccion del Sr. D. Ivo de la Cortina, secretario del Gobierno político de dicha provincia, cuyos conocimientos é inteligencia son notorios, y con cuya amistad se honra el que suscribe, se efectuó una operacion tan arriesgada como *nueva en España*, cual es la de levantar en peso dos trozos de pavimento de mosaico de 20 1/2 pies castellanos de longitud y 11 de latitud, juntos, cuya extraccion se hizo con el mejor éxito, á beneficio del sistema con que se procedió, de cuya feliz terminacion dudaba el público tarraconense; que la operacion fue costeada por aquella sociedad arqueológica, presenciada y auxiliada por su distinguido Sr. Presidente, y por varios miembros de aquel respetable Cuerpo, á los que, añade, será deudora su provincia de poder algun dia vanagloriarse y hacer ostentacion de preciosidades que, á no ser ellos, hubieran pasado desapercibidas, ó sido enterradas entre escombros; y que no será la menor de sus glorias, la de ser de los primeros que procuran con su ejemplo y pericia ver si llegan á despertar de la fatal dormida, en que yace en nuestra desgraciada nacion la ciencia arqueológica.

Dignas son, por cierto, de elogio las personas que han tomado parte al levantamiento del mosaico en cuestion, á que han contribuido con sus luces á que se realizase tamaña operacion, y en el fondo de su corazon se lo tributa el que suscribe; mas no puede dejar de patentizar, al hacerlo, que dicho arriesgado levantamiento no es *operacion nueva en España*, pues en Julio de 1841, el Sr. D. Gabriel de Molina, socio correspondiente de esta Diputacion en la Escala, distinguido no solo por sus conocimientos en arqueología, si que tambien por su constante aficion y desvelos en hacer esperiencias en este ramo del saber, practicó igual operacion en un pavimento de la misma clase, de 12 pies castellanos de longitud y 6 de latitud, el cual, si bien no merece mencion particular por su primor, recordándonos, sin embargo, aquellos lejanos tiempos en que reverberó sobre él el resplandeciente Faro de la antigua, grande y opulenta Ampuria, de cuyo suelo fué arrancado, cuya operacion, auxiliado únicamente de seis jornaleros, concluyó á medida de su deseo el espartado Sr. de Molina, habiéndose practicado otro tanto en otro pedazo de mosaico de menor tamaño, que posee hoy dia la sociedad académica y recreativa de Figueras.

Con esta manifestacion, desea el infrascrito que quede consignado, que respetando, como debe, el saber y solicitud de la sociedad arqueológica de la provincia de Tarragona, no es esta, ni tal vez la Diputacion del Ampurdan, la primera que ha levantado pavimentos como el en cuestion; y que el entusiasmo por las glorias de la nacion española, y la aficion al estudio de las antigüedades que tanto distinguen á la de Tarragona, hallan sonora eco en varios otros puntos del reino, como en este Ampurdan, señal infalible de que torna á vida la ciencia arqueológica en nuestro suelo, pues si en el siglo décimo sésto fueron el repertorio de uno de sus mas interesantes ramos los elegantes discursos salidos de aquella Sede Arzobispal, hoy á impulsos de la Academia arqueológica española, de sus diputaciones, de la comision central de monumentos históricos y artisticos, y por último, de las comisiones provinciales, lograrán restaurar el nombre español, sepultado tras la impetuosa corriente de siglos enteros de olvido.

Valga esta manifestacion sencilla para rectificar la equivocacion sentada en el Faro de Francoli; de ningun modo para rebajar el mérito de la sociedad arqueológica Tarraconense, al del ilustrado Sr. D. Ivo de la Cortina, en cuyas nobles tareas le acompaña la Diputacion Ampurdanesa, que por conducto del infrascrito, se hace un honor en ofrecerle su apoyo, respetos y cooperacion en cuanto la juzguen útil.

Figueras 27 de Marzo de 1845.—El Presidente de la Sección:—MIGUEL SANZ Y SERRA.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.